

LA PEÑA DE LOS PASTORES
SHIVA CASTELLANOS



Dedicado a:

Con todo mi cariño, hacia todos los Emigrantes que por diversos motivos han ayudado y hecho crecer a mi País y especialmente a Elena y Mikola quienes motivaron que escribiera este cuento.

Gracias a los dos.

La Peña de los Pastores

Historia de una ucraniana

Shiva Castellanos

Marzo 2017

AUTORA DEL TEXTO

Shiva Castellanos

Título: La Peña de los Pastores

Primera edición 2017

ISBN-978-84-617-8746-3

Imprime: Madripapel, S.A.

Luis Sauquillo, 133

28944 Fuenlabrada (Madrid) Spain

Ed. Amazon.

Portada: Daniel Tudelilla

Prosología

La Peña de los Pastores.

Reservados los derechos.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, no su tratamiento informático, ni la transmisión de ningún formato por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso y por escrito de los titulares del copyright.

Índice

Capítulo-1	La Peña de los pastores	Pág- 7
Capitulo-2	Salgo del pozo y comienzo de nuevo	Pág- 23
Capítulo-3	El proyecto de un sueño	Pág- 46
Capítulo-4	Un jardín para mi hijo	Pág- 52
Capítulo-5	En busca de mí identidad	Pág- 71
Capítulo-6	Nazco como madre, con sueños de empresaria	Pág- 87
Capítulo-7	Elías va en busca de su “pasado”	Pág- 114
Capítulo-8	Proyecto de boda	Pág- 140
Capítulo-9	La boda	Pág- 147
Capítulo-10	El Proyecto	Pág- 191
Capítulo-11	Reunión de gallitos	Pág- 201
Capítulo-12	En busca del nuevo alcalde	Pág- 209
Capítulo-13	Regresa Aniceto	Pág- 217
Capítulo-14	Elecciones municipales	Pág- 224
Capítulo-15	El comienzo de un nuevo pueblo	Pág- 233
Capítulo-16	Un fantástico mundo de color	Pág- 249
Capítulo-17	El encuentro con mis padres	Pág- 254
Capítulo-18	La comunidad prospera	Pág- 274
Capitulo-19	Adiós al Trotamundos	Pág- 285
Capítulo-20	Un viaje dos ilusiones	Pág- 287

Capítulo-21 ¡Feliz Año Nuevo, mamá y papá!	Pág- 309
Capítulo-22 La gran invasión	Pág- 321
Capítulo-23 Inauguración del hotel	Pág- 330
Capítulo-24 Mirar la vida con nuevos ojos	Pág- 345
Capitulo-25 Las mellizas van al colegio	Pág- 347
Capítulo-26 Reforma en casa de los Redondo	Pág- 362
Capítulo-27 Vida, teatro y drama	Pág- 371
Capítulo-28 Reclamo la vida cotidiana	Pág- 380
Capítulo-29 La más difícil de las empresas	Pág- 388
Capítulo-30 Entramos en racha	Pág- 402
Capitulo-31 Elías deja la alcaldía	Pág- 412
Capítulo-32 El encuentro	Pág-421

1

La Peña de los Pastores

Voy en un coche con el hombre que creía era mi novio. Hace horas que viajamos por lugares que desconozco, ya con el sol del otoño a punto de hundirse en el horizonte. Después de discutir durante más de tres horas, he llegado a una conclusión: no me ama ahora ni me ha amado jamás. Exaltado, me grita como si estuviera lejos, pero está a mi lado, al volante, conduce sin saber bien hacia dónde ir. Siento miedo. Debo calmarle porque empiezo a creer que soy un estorbo para él y tengo que aclarar esta situación sin más demora.

—¡Oye, Víctor, por favor! ¡¿Podemos parar en este pueblo para hablar con calma sin que vayas conduciendo?!

—¡Vale, de acuerdo! ¡Pero escúchame de una puta vez! ¡Yo nunca tuve la culpa de que te robaran el pasaporte y el billete en Ucrania! Llegaste a España para trabajar pero acabaste como puta. Te trajeron al lugar en el que yo curraba, me enamoré de ti y he procurado beneficiarte en todo lo que he podido. Ayer logré por fin sacarte del club diciendo que eras mi novia y que iba a casarme contigo. Y lo hice sin decirte nada antes porque lo habrías echado todo a perder si se lo hubieras contado a las chicas. ¡Porque no te callas ni debajo del agua! No sabes guardar un secreto y eso algún día te matará. Luego te ofrecí la posibilidad de que te buscaras la vida en otro sitio para salir de la prostitución ¿y así me lo agradeces? ¡No me lo puedo creer, tía!

—Perdona, ¿pero por qué no cumples lo acordado y nos casamos? Sí te enamoraste de mí...

—Porque ya no te amo, sólo me recordabas a un antigua novia que tuve y además ¡qué cojones, que estás muy buena! Por otra parte, con la vida que llevo no me puedo casar. Al menos por ahora.

—Mira, Víctor, tú sabes muy bien lo que se hace en el club, no eres ningún santo. Además, ¿qué hago yo ahora? ¿Cómo me busco la vida sin papeles, eh? ¡Dame la documentación de una vez, hombre! Sé que aquellos hombres del aeropuerto mostraron la documentación antes de salir y cuando llegamos a España. La tenéis vosotros.

—¡Que yo no tengo tus mierdas de papeles! ¡¿Cómo quieres que te lo diga?! Es más, no sé cómo va a terminar esto para mí. Igual termino en Ibiza o en Barcelona...en una cuneta hecho pedazos. ¡Yo qué sé! ¡Mira, mira ese pueblo de ahí delante! Seguro que les vendrá bien una hembra como tú, para esos paletos tiene que ser la hostia. Te los podrás pasar a todos por la piedra y así sacarás dinero para los papeles. Además el nombre es tentador, échale un vistazo: «*La Peña de los Pastores*». Te lo están poniendo en bandeja, tía. Seguro que encuentras un novio que te trate como a una reina.

—¡Ojalá te enamores de alguien para quien nunca existas! ¡Así me valorarás más, chulo!

—¡Pues venga, baja que ya estoy harto de escucharte! ¡Bájate en este pueblo y cástate con el alcalde si quieres! ¡Y por favor, no me beses al bajarte que no soporto las despedidas tristes!

—¡Eres un capullo y un cabrón! —le grito mientras salgo del coche tan apresuradamente que casi me caigo de culo.

Haciendo chirriar las ruedas se aleja a toda marcha, desaparece de mi vista en apenas unos segundos, como si tuviera prisa por interponer una larga distancia entre nosotros y evitar así el arrepentirse de haberme dejado tirada como una colilla.

La Peña de los Pastores. ¡Vaya nombre! Parece un auténtico peñazo de lugar. Es pequeño, perdido en medio de

ninguna parte, aparentemente, dejado de la mano de Dios. ¿Y ahora qué hago? No tengo otra alternativa que caminar unos pocos pasos hacia lo que supongo es el centro del pueblo. Veo casas viejas, algo rotas y despintadas por falta de mantenimiento. En las calles no hay nadie, empiezo a preguntarme si esto sólo está poblado de ratas hambrientas y fantasmas de antiguos habitantes que no aguantaron más o, simplemente, se murieron de viejos, como sus casas. De pronto, ¡vaya sorpresa con la que me encuentro en apenas unos metros más adelante! Un bar o algo que se le parece. La verdad es que en estos pueblitos podrán faltar iglesias o comisarías, pero nunca un bar ¡Y el nombrecito de la tasca!: *El Calcetín Persigue a la Media*, ¡qué chorrada! Da la sensación de estar abierto, pues me parece oír una voz tras las cortinas corridas de las ventanas. ¡Que Dios me ayude!, qué remedio. Mis primeros pasos son vacilantes en la penumbra. A medida que mis ojos se van adaptando, creo distinguir a un hombre al otro lado de la barra. Supongo que es el dueño. Parece que no se entera de mi presencia hasta que apoyo los brazos en la barra y me mira mientras seca unos vasos con un trapo viejo y sucio.

—Buenas tardes, señor. ¿Me sirve una clara, por favor?

—¡Hola, rubia! Claro que te sirvo lo que me pidas. Para eso estoy aquí. —dice mientras coge el vaso de una repisa de detrás de él y me prepara la bebida. Luego añade.

—¿Y qué se le ha perdido a una chica tan guapa como tú en un sitio como éste?

—Nada de particular. He llegado un poco por casualidad.

—¿Así que estás perdida entiendo?

—No señor y no se preocupe por mí que yo sé a dónde voy,— contesto al tiempo que me recupero de la sorpresa por la inesperada locuacidad.

— Ah, bueno. ¿Así que sabes a dónde te diriges? Pues eso es saber más que muchos en este mundo, preciosa. De todas formas, si quieres quedarte en el pueblo serás bienve-

nida. Aquí somos poco más de medio centenar de personas empadronadas: veinte ancianos, doce matrimonios, seis chavales y dos solteros. De más de cien casas sólo veinte están ocupadas. También tenemos una iglesia algo destrozada en la que sólo se dice misa una vez al mes y al fondo se encuentra la casa grande que hace años fue el ayuntamiento.

— Si quieres ocupar el puesto de la alcaldía puedes hacerlo —interviene alguien desde la penumbra con un deje de cansada ironía en su voz. Lo veo en un extremo de la barra concentrado en los posos del fondo del vaso de vino, como si quisiera adivinar en él su futuro.

— Sí, claro que puedes ser la alcaldesa —apoya el que me parece el dueño secando otro vaso.— ¡Ah!, me olvidaba, además tenemos tres mulas, dos tractores, sesenta y dos vacas, perros de varias razas desconocidas y otros animales de corral, cinco coches, diez furgonetas y mucha, mucha tierra que nadie tiene tiempo de cultivar. También hay algunos enfermos que ningún médico atiende por la sencilla razón de que no lo tenemos. Y no sigo para no deprimirte, guapa. De todas formas, una chica como tú sería muy bienvenida. A lo mejor puedes darnos los niños que necesitamos para animar un poco a este pueblo.

— Pues es una oferta tentadora, pero no estoy tan loca como para llenar este pueblo de habitantes, pero gracias de todas formas.

Por fin, el que adivinaba su futuro en el fondo del vaso, se digna a levantar la cabeza para mirarme intentando ser un poco más agradable.

— Pues no creas, que es un mal ofrecimiento, jovencita. También soy de este pueblo, pero no tan bocazas como el Aniceto. Él está casado pero no tiene hijos. Es el dueño de este bareto. Y un tacaño. ¡Fíjate el café que nos da, es pura agua de borrajas! Él dice que es café tipo americano y nosotros nos lo creemos.

— Pues mucho gusto en conocerle, señor —contesto.

— Lo mismo siento. ¡Oye una cosa! Te propongo que te pongas al frente de este garito a ver si lo haces mejor. Perdona, ¿cómo te llamas, mujer? Yo soy Eulalio, casado con la Paca, que por cierto tiene muy mala hostia. Es para que lo sepas si te quedas.

— ¿Pero qué dices, hombre? Que me estás liando a la muchacha ¡joder! Y hazte el café en tu casa si no te gusta el mío, coño —se ofende Aniceto—. No me metas en jaleos de trabajos y menos con extranjeras.

Alucino con estos vecinos del pueblo. La que están liando sin yo haber dicho ni hecho nada. Aunque, pensándolo un poco mejor y dada mi situación, el ofrecimiento no es del todo malo. Al fin y al cabo, no tengo nada a qué aferrarme, ni silla en la que sentarme en estos momentos. Quizá no sea mala idea quedarme aquí. Y, por otra parte, tengo algo de experiencia porque en alguno de los antros en los que he trabajado, en ocasiones me puse a servir bebidas como camarera mientras trataba de ligar con los clientes. Tantearé un poco el asunto.

— Perdonen, quizá tengan razón y me quede a trabajar en este bar. Puedo servir café, cocinar, fregar, hacer cuentas... Y no cobraría mucho. Miré al que creí era el jefe.

— Pero bueno, ¿tú también, rubia? Me estáis liando los dos. ¡Vale, vale...! A ver, dejadme pensar un poco... Bueno, veamos, te doy las comidas y duermes en mi casa, ¿qué te parece?

— Mira qué cabrón, se la lleva a su casa, dice. Pues se lo tendrás que preguntar a la Manuela primero, a ver qué opina ella, ¿no? ¿O no, Agustín, cómo lo ves? —pregunta Eulalio a un vecino que acaba de entrar.

— ¡Anda, cállate, borrego! Que eres un ovejo comprometedor. Tú lo que deseas es venir a verla todos los días y sin que se entere la Paca —contesta Agustín. Que por lo visto, ha debido de estar escuchando desde fuera antes de decirse a entrar.

— Vamos a ver, moza, ahora en serio. ¿Cuánto quieres ganar? —me mira fijamente Aniceto.

— Pues, no sé... usted ofrézcame. Pero lo de dormir en su casa y solo por la comida no entra.

— Pues... digamos... dos mil pesetas por día más las comidas. Eso sí, les tendrás que sacar a estos mandriles los cuartos de entre las cejas, ¿eh?

— Venga, mujer, di que sí —me alienta Eulalio con lucecitas en los ojos—, que vas a traer suerte al pueblo.

— ¿De dónde eres y cómo te llamas, guapa? —se interesa, Agustín.

— Vengo de Bekeire, que está en la República de Ucrania y me llamo Natalia Quskoba.

— ¿Eh? ¿Pero qué nos cuentas, mujer? —Se encrespa Aniceto golpeando la barra con un vaso—. ¡Dilo en español, joder!

— En español mi nombre puede ser Natacha o Natalia —contesto disimulando escasamente el temblor en mi voz.—. Y sí, acepto quedarme. No se van a arrepentir, espero que yo tampoco.

— ¡Pues hala, te incorporas mañana a las ocho! ¿Dónde vas a dormir esta noche, rubia? Digo, Natacha Qus... ¡Como sea!

— No se preocupe. Estaré aquí mañana a las ocho, gracias. Y no hace falta que me llamen por el apellido, sólo Natacha a secas. ¡Ah, la clara que le pedí al principio me la beberé gratis mañana en un descanso! —me despedí con este último comentario que provocó risas a mi espalda.

Ya está oscuro cuando salgo del barecillo, esto hace que recuerde el comentario sobre las ochenta casas vacías del pueblo. Alguna habrá desocupada que me sirva de refugio, al menos por esta noche. Así que comienzo a recorrer las desiertas calles mientras medito sobre el brusco giro que ha dado mi vida en apenas unas horas. Al amparo de la casi absoluta oscuridad que impiden una luz colgada sobre el alto de la fachada de una de las casas e intento abrir puer-

tas de viviendas en las que nadie parece vivir, no logro entrar en ninguna. Están cerradas a cal y canto. Quizá sus propietarios ya no viven aquí y sólo desean conservarlas para el verano o vete tú a saber.

Al rato, y justo cuando ya estaba empezando a pensar que tendría que dormir al cielo raso, descubro bajo la luz de la luna llena una vieja casona aparentemente bien conservada. Todas sus ventanas tienen las persianas bajadas. Es de dos plantas y está situada en medio de un terreno delimitado por una ancha tapia de adobe, pintada de blanco, igual que la casa. Me llaman la atención un alcornoque y una encina centenaria, y aunque no conozco todo el pueblo, son por ahora los únicos árboles que he visto. Desde la calle entreveo unas cuantas habitaciones. Miro alrededor para comprobar que no hay nadie, mi intención es la de saltar la tapia y comprobar que no vive nadie. Salto con gran esfuerzo, caigo de pie, sacudo la ropa manchada y con la mirada busco la puerta de entrada al interior. Con paso sigiloso atravieso el terreno hasta llegar a la gran puerta de acceso. Cerrada, está acorazada con una cadena oxidada y candado que la sujeta. Encuentro en el suelo una barra de hierro, hago palanca y la rompo sin apenas esfuerzo. Una vez dentro, gracias a la luna que alumbra a través de la puerta abierta, un pasillo de altos techos me anima a seguir, una puerta abierta invita a entrar. Es la cocina, otra puerta más pequeña al fondo, la abro y es la despensa, dos diferenciales encastrados junto a la misma, indican que los levante. Me pregunto ¿dónde estará el contador con los diferenciales? Lo mismo existe solo el contador y estos automáticos. Enciendo la luz del almacencillo para no destacar mi presencia a las gentes del pueblo. Da la sensación que tanto la despensa como esta cocina hace mucho tiempo que no la friegan, esto indica que no viven en ella. Un fogón negro de hierro con cuatro fuegos, debe ser alimentado con carbón o leña y tiene unos aros que se quitan para aumentar el calor en las ollas o bajar la temperatura. Abajo

una puertecita para sacar las cenizas, dos armarios blancos de dos puertas y otros cortos colgados para la vajilla, comida o lo que sea que entre en ellos. El suelo no sé si es marrón o rojizo, otra puerta lateral al lado de la puerta de salida de esta cocina. Abro cajones, puertas y compruebo con gran tranquilidad que está equipada. Salgo y de frente otra puerta que sale al distribuidor, en donde hay otras puertas, abro otra puerta y da paso al comedor que se alarga hacia el lado derecho, dos puertas más de frente llevan a dos habitaciones y un aseo. Ya entiendo donde da la puerta que hay detrás y al lado de la entrada en el interior de la cocina, esta permite la libre entrada y salida hacia el comedor y del fondo de éste a un gran salón, desde cuya amplia ventana, a través de las rendijas de la persiana puedo ver unos cuantos árboles sobre el gran espacio tapiado por detrás de la vivienda; a ojo de buen cubero, se entre ve que la superficie de esta parcela tendrá unos dos mil metros cuadrados. Salgo de nuevo a la entrada y una escalera de unos noventa centímetros de ancho pide que suba por ella, lo hago con sumo cuidado hasta la primera planta. Hay tres habitaciones de matrimonio, dos baños, un despacho con muebles viejos o antiguos, una habitación que da la sensación de ser una mezcla de trastero y cuarto de plancha. Todo ello está comunicado por un pasillo de la misma medida que la escalera, más o menos. Compruebo con enorme placer que en los armarios hay ropa de cama limpia y de buen gusto. Se me ocurre que lo mejor será dormir en esta planta, por si alguien se presenta inesperadamente. Esta casa está tan sola como yo desde hace muchos años, sus olores a humedad o a hongos lo delatan.

¿Por qué ese cabrón me ha dejado tirada? Bueno, pensándolo bien diré lo que tanto decía mi madre: *“Cuando se cierra una puerta es para que se abra un ventanal”*. Veremos qué me depara el destino aquí. Siempre he sido muy osada, una luchadora, entonces ¿por qué no seguir siéndolo ahora y aceptar las dificultades como pruebas a superar?

¡Oh Dios! estoy demasiado cansada para seguir pensando. Mañana será otro día.

A la mañana siguiente, ¡Buenos días!, saludo al cielo que veo a través de la ventana de la habitación en la que he dormido. ¡Anda otra casita! Allí al fondo de la parcela. Es una sorpresa, ¿Qué habrá en esa casita? Voy a bajar a ver. Anda, tiene un comedorcito, chimenea, dos cuartos, cocina mini, baño y armarios. ¡Qué pasada! Hay que arreglarla para habitarla. Fenomenal. ¿Para que tendrían esta casita?

Subo de nuevo a lo que yo considero mí cuarto, miro el armario, la ropa está arrugada y acartonada, la de la cama se estiró durante la noche. Abro el armario, siguiente, es un amplio ropero, no está nada mal, su espejo es grande. Me miro en él y la verdad es que creo que tengo un cuerpo casi perfecto. El pelo está de un rubio muy amarillo, mis ojos son de un azul que hipnotiza. ¡Uyuyuy...! Parece que tengo algo de tripa. Bien, bien, vistamos a este cuerpo y marchemos a por el primer día de una gran aventura, para quien antes había sido una puta... a la fuerza.

Tendré que ir al bar por este caminito todos los días, si es que al final decido quedarme, claro, y por lo que veo no está tan mal, si las lindes de este sendero estuviesen bordeadas de árboles sería más acogedor, aunque por el día es menos aterrador. Por mi bien, procuraré que nadie sepa dónde resido.

Ya he llegado, entraré con los sentidos alerta. Al fin y al cabo estoy en un territorio desconocido, con gente de la que no sé nada.

—¡Buenos días, señor Aniceto! Hace un poco de calor ya.

—¡Oye, rubita!, que quede clara una cosa: mi nombre es Aniceto, no Aniceto, y sí, hoy va a hacer mucho calor, espero que lo puedas soportar y no te derritas, bombón.

—No, señor, no lo haré. Dígame dónde desea que empiece mi trabajo y no se enfade.